

## BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO (1495-1584)

Nacido en Medina del Campo, España, en 1495, y muerto en Santiago de los Caballeros, Guatemala, en 1584, Bernal Díaz del Castillo ha pasado a ser considerado uno de los cronistas de Indias más valorados debido a su indispensable volumen de memorias *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, escrita en 1568. Cuando Bernal Díaz llega a las costas de México junto con la expedición de Cortés, es la tercera vez que, como soldado, ha formado parte de las exploraciones y conquistas del Nuevo Mundo. Dos años antes de haber estado bajo el mando de Cortés, participó en la expedición de Francisco Hernández de Córdoba y en 1518 se había alistado bajo las órdenes de Juan de Grijalva. Ambas expediciones, previas a las de Cortés, habían terminado en fracaso debido a la imposibilidad de los anteriores capitanes en conquistar el continente. Al triunfar Cortés en su empeño conquistador, Bernal Díaz fue uno de los testigos más importantes en narrar ese primer encuentro entre el mundo de los antiguos mexicanos y el mundo español.

Después de la caída de la gran ciudad de México (1521) y de haber logrado su sometimiento, Bernal Díaz acompaña a Cortés en su desastrosa expedición a Honduras, de la que vuelve en extrema situación de pobreza. A partir de entonces dedica el resto de su vida a tratar de que la corona española recompense su labor de soldado y conquistador. Bernal Díaz falleció en Guatemala, dueño de una encomienda de indios, luego de haber viajado dos veces a España con el objeto de promover su causa, en particular, y la de los encomenderos en general. Bernal Díaz abogaba, en contra de las peticiones humanitarias de Bartolomé de las Casas, por el sistema de las encomiendas a perpetuidad.

La obra de Bernal Díaz del Castillo es extensa. El título de su libro confunde respecto a su ubicación literaria; sin embargo, la *Historia verdadera* no es un documento que pertenezca únicamente a la historiografía, sino que se desplaza como un texto de suma importancia literaria. Bernal Díaz dota su obra de un valor singular al narrar los aspectos de la conquista de México con la flexibilidad narrativa que permiten las memorias. Dueño de un español sin afectación alguna, cuenta, a una edad muy avanzada, sus historias tal como lo haría un buen conversador, con los mismos sesgos y particularidades que la narración oral se permite. Es así como da comienzo a su *Historia*:

. . . lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré; con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer ni a una parte ni a otra, y porque soy viejo de más de ochenta y

cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi notable y verdadera relación.

Y así, llanamente, da comienzo a una pormenorizada relación que no omite ninguno de los trabajos y penurias de los numerosos soldados y capitanes que formaban parte de la expedición que acompañó a Cortés a México, los cuales eran ignorados en las historias de los cronistas oficiales. Tal era el caso, por ejemplo, de las crónicas de López de Gómara que tanto indignaban al viejo Bernal Díaz y contra el cual se pronuncia repetidas veces a lo largo de su recuento: “. . . que he visto que el cronista Gómara no escribe en su historia ni hace mención si nos mataban o estábamos heridos, ni pasábamos trabajo, ni adolecíamos, sino que todo lo que escribe es como quien va de bodas y lo hallabamos hecho”. En este párrafo a Bernal Díaz le interesa, además de reñir a Gómara, puntualizar las hazañas de todos los soldados y no sólo las de Cortés. Además de destacar las proezas de sus compañeros de armas, concede importancia fundamental a la ayuda que los españoles recibieron de parte de los tlaxcaltecas, los enemigos mexicanos de los aztecas y sus aliados:

. . . nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de Xicotenga el Viejo, guerrearon muy valientemente contra el gran poder de México y nos ayudaron muy bien y así mismo [. . .] otros muchos capitanes de pueblos de los que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente y Cortés les habló y les dio muchas gracias y loores porque nos habían ayudado.

La memoria de Bernal Díaz es tan prodigiosa que le permite recordar no sólo el nombre de cada pueblo conquistado, los nombres de los principales caciques mexicanos y el de sus dioses, sino que también recuerda el número de escalones de cada una de la pirámides, donde tan sangrientas batallas se llevaron a cabo. Rescata incluso, en un verdadero alarde de memoria, el nombre, color y clase de las yeguas y caballos que los principales conquistadores llevaban consigo durante la conquista de México, pormenores que Cortés jamás se hubiera preocupado de averiguar, mucho menos de recuperar por escrito. De todos estos detalles, sin embargo, emerge el retrato de un Bernal Díaz generoso, un conquistador que intentaba apresar narrativamente la magnitud de los eventos que fantásticamente se le presentaban delante. Así, la admiración de este soldado al contemplar por primera vez la ciudad de México es tal que lo lleva a exclamar una de las afirmaciones más citadas en los múltiples estudios que sobre la conquista de México existen:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís.

Y de esta forma, bajo el propio reconocimiento de su encantamiento, tan literario y tan medieval como las novelas de caballería que él mismo cita, surgen de la memoria de Bernal Díaz escenas épicas que capturan toda la tragedia de la conquista. Bernal Díaz del Castillo, ha postulado Carlos Fuentes en su libro *Valiente Mundo Nuevo*, prefigura a Don Quijote: "Hay una falla en la armadura de este guerrero cristiano . . . a través de ella brilla un corazón herido, tristemente enamorado de sus enemigos". Lo que escribe Bernal Díaz del Castillo, concluye Carlos Fuentes, es una novela esencial. Los tres elementos que el narrador mexicano distingue como recursos novelísticos en el autor de la *Historia verdadera* son los siguientes: 1) amor por la caracterización, el cual lo lleva a darles complejidad individual a los personajes que pueblan su relato; 2) afecto al detalle; después del relato de Bernal Díaz, la conquista de México puede ser casi visualizada y 3) búsqueda de la intriga, sin la que, asegura Fuentes, no habría novela.

Novela o no, lo cierto es que los escritos de Bernal Díaz parecen ajustarse al proceso de ficcionalización instaurado en América desde las primeras descripciones europeas. En Bernal Díaz del Castillo, sin embargo, la ficción rebasa los estrechos límites de los protagonistas únicos —Colón y Cortés— y expande el concepto para proporcionar una nueva perspectiva: los conquistadores como entidad narrativa colectiva. Del "yo" colombino y cortesiano hemos pasado al "nosotros" de Bernal Díaz, una voz narrativa plural que en ningún momento permite que las figuras guerreras de cada uno de los conquistadores que participaron en las batallas de la ciudad de México sean opacadas, ni siquiera por las intervenciones de orden divino. Es así como en uno de los fragmentos de sus extensas memorias Bernal Díaz disputa, socarronamente, a Gómara que el triunfo de cierta batalla se haya debido a la intervención de los apóstoles Santiago y San Pablo, y sí le otorga, en cambio, la victoria a uno de los capitanes que luchó al lado de Cortés:

. . . y pudiera ser que dice Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro y yo, como pecador, no fuese digno de verlo. Lo que yo entonces vi fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía junto a Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos.

Pero esta disputa sobre la participación de los santos apóstoles no implica que Bernal Díaz del Castillo fuese un hombre de poca fe; él, al igual que Colón y Cortés, creía firmemente en que Dios favorecía a los españoles en su dramática apropiación del Nuevo Mundo. Lo que ocurre es que Díaz del Castillo se empeñaba en dejar constancia del valor de todos y cada uno de los soldados que participaron en la conquista de México. Su propósito era claro: intentaba defender, con el relato de sus sufrimientos, los privilegios que él y otros conquistadores

y sus descendientes creían merecer como derechos de conquista; privilegios que la corona parecía haber olvidado. Bernal Díaz se encarga de recordárselos: es así cómo los últimos capítulos de la *Historia verdadera* incluyen una lista con los nombres de todos aquellos españoles que participaron en las batallas de apropiación y dominio de México. Tal fue el procedimiento de ficcionalización seguido por Bernal Díaz: crear no la imagen del heroico soldado que enfrenta solo la adversidad —Cortés—, sino crear la imagen colectiva de los sufridos soldados que arriesgaron mil veces la vida en nombre de su rey —Bernal Díaz y los otros. ↓

Para finalizar, es necesario subrayar una vez más el procedimiento literario que organiza las numerosas páginas de la *Historia verdadera*: el recuento oral. Esta oralidad característica de Bernal Díaz determina que la narración frecuentemente se estructure con transiciones estilísticas como la siguiente: “Antes de que más meta la mano en lo del gran Moctezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran cacica de pueblos y vasallos . . .”. Y así, anunciando un tema que no continuará sino hasta después de haber intercalado en la narración un punto que de pronto irrumpe en su memoria, Bernal Díaz avanza en su recuento los enormes sufrimientos que él y sus compañeros de armas tuvieron que vencer para que México se convirtiera en posesión española. De sus páginas brota, entonces, un relato oral, minuciosamente colectivo, del primer encuentro de los españoles con los mexicanos.

## Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España

### DEL GRANDE Y SOLEMNE RECIBIMIENTO QUE NOS HIZO EL GRAN MONTEZUMA A CORTÉS Y A TODOS NOSOTROS<sup>1</sup> EN LA ENTRADA DE LA GRAN CIUDAD DE MÉXICO

Luego otro día de mañana partimos de Estapalapa, muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho; íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, y puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían, unos que entraban en México y otros que salían, y los indios que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque  
 10 estaban llenas las torres y cúes<sup>2</sup> y en las canoas y de todas partes de la laguna, y no era cosa de maravillar, porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros.<sup>3</sup> Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía,<sup>4</sup> que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México; y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas y avisos que nos dijeron los de Guaxocingo y Tlaxcala y de Tamanalco,<sup>5</sup> y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar desde que dentro nos  
 20 tuviesen. Miren los curiosos lectores si esto que escribo si había bien que ponderar en ello ¿qué hombres [ha] habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen?<sup>6</sup>  
Pasemos adelante. Íbamos por nuestra calzada; ya que llegamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyuacán, que es otra ciudad adonde estaban unas como torres que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas<sup>8</sup> diferenciadas las de los unos caciques de los otros, y las calzadas llenas de ellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recibirnos, y así como llegaban ante Cortés decían en su lengua que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la misma mano. Así que estuvimos parados un buen rato, y  
 30 desde allí se adelantaron Cacamatzin, señor de Tezcucó, y el señor de Iztapalapa,

<sup>1</sup>Desde el epígrafe del capítulo es posible detectar esa voz narrativa plural que caracteriza a Bernal.

<sup>2</sup>cúes: vocablo náhuatl, templos.

<sup>3</sup>Los aztecas estaban muy sorprendidos con la visión de los caballos, los cuales no existían en América.

<sup>4</sup>Los españoles, de igual forma, estaban muy sorprendidos de encontrarse ante una gran

cultura que en nada se parecía a la europea.

<sup>5</sup>Pueblos enemigos de los aztecas.

<sup>6</sup>Las apelaciones de Bernal a los lectores son frecuentes en su discurso.

<sup>7</sup>Este recurso, propio de la narración oral, es empleado por Bernal en numerosas ocasiones.

<sup>8</sup>libreas: vestidos distintivos que señalan rangos diferentes.

y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyuacán a encontrarse con el gran Montezuma, que venía cerca, en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenían vasallos.

Ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma<sup>9</sup> de las andas, y traíanle de brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras *chalchiuis*,<sup>10</sup> que colgaban de una como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como *cotaras*,<sup>11</sup> que así se dice lo que se calzan; las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima en ellas; y los cuatro señores que le traían de brazo venían con rica manera de vestidos a su usanza, que parece ser se los tenían aparejados<sup>12</sup> en el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con los que nos fueron a recibir, y venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma, barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas por que no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos y con mucho acato excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que lo llevaban de brazo. Y como Cortés vió y entendió y le dijeron que venía el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Montezuma, a una se hicieron grandes acatos.<sup>13</sup> El Montezuma le dió el bien venido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina<sup>14</sup> que él fuese él muy bien estado; y pareceme que Cortés, con la lengua doña Marina que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y Montezuma no la quiso, y se la dió a Cortés. Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores y diversidad de colores y venía ensartado en unos cordones de oro con almizque<sup>15</sup> por que diesen buen olor, y se le echó al cuello el gran Montezuma, y cuando se le puso le iba [a] abrazar, y aquellos grandes señores que iban con Montezuma detuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio.

Y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenían en gran merced la venida de su

<sup>9</sup>Bernal escribió su historia décadas después de haber ocurrido la conquista de México; aún así siempre mantuvo en sus escritos epítetos que señalaban la grandeza del monarca azteca.

<sup>10</sup>**argentería:** adornos de plata y oro; *chalchiuis:* vocablo náhuatl, esmeraldas.

<sup>11</sup>**cotaras:** vocablo antillano que designa el calzado.

<sup>12</sup>**aparejados:** listos, preparados.

<sup>13</sup>**acatos:** cortesías.

<sup>14</sup>Bernal registra siempre a la Malínche — los españoles la llamaban Doña Marina —, quien era la intérprete entre Moctezuma y Cortés. Este último no la menciona en sus cartas. Bernal, en cambio, demuestra en varios momentos de su historia una gran admiración por esta india noble que hablaba el maya y el náhuatl.

<sup>15</sup>**almizque:** sustancia perfumada.

persona a recibirle y las mercedes<sup>16</sup> que le hace a la contina.<sup>17</sup> Entonces Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento,<sup>18</sup> y mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían de brazo, que era el señor de Tezcucó y el señor de Cuyuacán, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos, y Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habían venido a acompañar; y cuando se volvían con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin mirarle, y muy arrimados a la pared, y con gran acato le acompañaban; y así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo.

Quiero ahora decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles y azoteas y en canoas en aquellas acequias que nos salían a mirar. Era cosa de notar, que ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó,<sup>19</sup> y considerada la cosa, es gran merced que Nuestro Señor Jesucristo fué servido darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad y me haber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doile muchas gracias por ello, que a tal tiempo me ha traído para poderlo escribir, y aunque no tan cumplidamente como convenía y se requiere.<sup>20</sup> Y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo en alguna de estas partes, y volvamos a nuestra entrada en México, que nos llevaron [a] aposentar<sup>21</sup> a unas grandes casas donde había aposentos<sup>22</sup> para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Montezuma, que se decía Axayácatl adonde, en aquella sazón, tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca,<sup>23</sup> que no tocaba en ello. Y asimismo nos llevaron [a] aposentar [a] aquella casa por causa que, como nos llamaban *teules*<sup>24</sup> y por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos como *teules* que allí tenían. Sea de una manera o sea de otra, allí nos llevaron, donde tenían hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de

<sup>16</sup>las mercedes: los favores.

<sup>17</sup>a la contina: continuamente, con frecuencia.

<sup>18</sup>A diferencia de Bernal, Cortés transcribe en su segunda carta el discurso de Moctezuma. Esta es una diferencia importante entre los dos cronistas: Díaz del Castillo se preocupa más de los detalles humanos tales como describir a la Malinche, y Cortés se preocupa más por los detalles políticos como el escuchar con atención a Moctezuma y aprovechar su equívoco respecto al origen divino de los españoles.

<sup>19</sup>Esta fórmula será utilizada varias veces por Bernal.

<sup>20</sup>De igual forma, Bernal repetirá un sinnúmero de veces que él no escribe "cumplidamente". En algún momento de su narración dirá que mientras Cortés es un "latino" (que hablaba latín), él, Bernal, es "un idiota sin letras", es decir, sin educación.

<sup>21</sup>aposentar: hospedar.

<sup>22</sup>aposentos: cuartos, habitaciones.

<sup>23</sup>La codicia con que los españoles se adueñan finalmente de los tesoros de Axayácatl es narrada en la crónicas mexicanas que Baudot y Todorov reproducen en *Crónicas mexicanas de la Conquista* (México: Grijalbo, 1989).

<sup>24</sup>teules: vocablo náhuatl, dioses.

la tierra para nuestro capitán, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos toldillos encima, que no se da más cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios, muy lucidos y encalados y barridos y enramados.

Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma a nuestro capitán, que allí le estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala adonde había de posar, que le tenía muy ricamente aderezada para según su usanza, y tenía aparejado un muy rico collar de oro de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se le echó al cuello a nuestro capitán Cortés, que tuvieron bien que mirar sus capitanes del gran favor que le dio. Y desde que se lo hubo puesto Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas, y dijo Montezuma: “Malinche: <sup>25</sup>en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos; descansa”. Y luego se fué a sus palacios, que no estaban lejos, y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitánías, y nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicado el orden que en todo habíamos de tener y estar muy apercebidos, así los de a caballo como todos nuestros soldados. Y nos tenían aparejada una comida muy suntuosa, a su uso y costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa y atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán<sup>26</sup> México, a ocho días del mes de noviembre, año de Nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos diecinueve años. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo por todo, y puesto que no vaya expresado otras cosas que había que decir, perdónenme sus mercedes que no lo sé mejor decir por ahora hasta su tiempo. Y dejemos de más pláticas, y volvamos a nuestra relación de lo que más nos avino,<sup>27</sup> lo cual diré adelante.

#### DE LA MANERA Y PERSONA DEL GRAN MONTEZUMA, Y DE CUÁN GRANDE SEÑOR ERA

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño,<sup>28</sup> y pocas carnes, y el color ni muy moreno, sino propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas prietas y bien puestas y ralas,<sup>29</sup> y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad; era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Era

<sup>25</sup>Moctezuma, al ver que Cortés se encuentra siempre cerca de ella, lo nombra Malinche también a él.

<sup>26</sup>Tenustitán: Tenochtitlan, ciudad de México.

<sup>27</sup>nos avino: nos sucedió, nos pasó.

<sup>28</sup>cenceño: delgado.

<sup>29</sup>ralas: escasas, no abundantes.



muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía un día, no se las ponía sino de tres o cuatro días; tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, más habían de ser limpias y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no mirarle a la cara, y con tres reverencias que le hacían y le decían en ellas: "Señor, mi señor, mi gran señor", primero que a él llegasen; y desde que le daban relación a lo que iban, con pocas palabras les despachaba; no le volvían las espaldas al despedirse de él, sino la cara y ojos bajos, en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala.

Y otra cosa vi: que cuando otros grandes señores venían de lejas tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma habían de venir descalzos y con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de rota batida<sup>30</sup> teníanlo por desacato.

En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos a su manera y usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo, por que no se enfriasen, y de aquello que el gran Montezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de guarda; y cuando había de comer salíase Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos y le señalaban cuál guisado era mejor, y de qué aves y cosas estaba guisado, y de lo que le decían de aquello había de comer, y cuando salía a verlo eran pocas veces y como por pasatiempo. Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad,<sup>31</sup> y, como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver<sup>32</sup> si era de carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves y cosas que se crían en estas tierras que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto. Y así no miramos en ello; mas sé que ciertamente desde que nuestro capitán le reprehendía el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto y volvamos a la manera que tenía en su servicio al tiempo del comer. Y es de esta manera: que si hacía frío, teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacía humo; el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas muy oloroso, y por que no le diesen más calor de lo que él quería, ponían delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico y blando, y la mesa también baja, hecha de la misma manera de los sentadores; y allí le ponían sus manteles de mantas blancas y unos

<sup>30</sup> **entrar de rota batida:** entrar de frente, precipitadamente.

<sup>31</sup> Bernal mismo se encarga de resaltar que lo que afirma sobre Moctezuma es un rumor que ha oído. La antropofagia era un

rito sagrado entre los aztecas, no una costumbre alimenticia.

<sup>32</sup> **no lo echábamos de ver:** no nos dábamos cuenta.

pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban agua a manos en unos como a manera de aguamaniles<sup>33</sup> hondos, que llaman *xicales*; le ponían debajo, para recoger el agua, otros a manera de platos, y le daban sus tohallas, y otras dos mujeres le traían el pan de tortillas. Y ya que encomenzaba a comer echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, por que no le viesen comer, y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte; y allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad, en pie, con quien Montezuma de cuando en cuando platicaba y preguntaba cosas; y por mucho favor daba a cada uno de estos viejos un plato de lo que él más le sabía, y decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos y consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba Montezuma, comían en pie y con mucho acato, y todo sin mirarle a la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto.

[. . .] Dejemos esto y vamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos y decían que eran sus dioses bravos, y con ellos todo género de alimañas,<sup>34</sup> de tigres y leones de dos maneras, unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman *adives* y *zorros*, y otras alimañas chicas, y todas estas carniceras se mantenían con carne, y las más de ellas criaban en aquella casa, y las daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban; y aun oí decir<sup>35</sup> que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es de esta manera: que ya me habrán oído decir que cuando sacrificaban algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bulliendo le sacaban el corazón y sangre y lo presentaban a sus ídolos, en cuyo nombre hacían aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos y brazos y cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del sacrificado no llegaban a él para comerle, sino dábanlo a aquellos bravos animales.

Pues más tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas;<sup>36</sup> que traen en la cola uno que suena como cascabeles; éstas son las peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellas mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban sus viboreznos; y les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban<sup>37</sup> y otras carnes de perros de los que ellos solían criar; y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de México<sup>38</sup> y nos mataron sobre ochocientos cincuenta de nuestros soldados, que de los muertos mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y estas culebras y alimañas tenían ofrecidas [a] aquellos sus ídolos bravos para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las

<sup>33</sup>aguamaniles: lavamanos.

<sup>34</sup>alimañas: animales.

<sup>35</sup>Nuevo rumor que Bernal reconoce como tal cuando afirma: "oí decir . . ."

<sup>36</sup>Emponzoñadas: con veneno.

<sup>37</sup>Esta vez Bernal no explica que su afirmación es un rumor.

<sup>38</sup>Bernal establece aquí una referencia a un evento que todavía no llega a contar: *la Noche Triste*, es decir, la expulsión de los españoles de la ciudad de México.

cosas infernales, cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives<sup>39</sup> y zorros, y silbaban las sierpes, era grima<sup>40</sup> oirlo y parecía infierno.

Pasemos adelante y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada oficio que entre ellos se usaban. Comencemos por lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello, y de éstos tenía tantos y tan primos<sup>41</sup> en un pueblo que se dice Azcapotzalco, una legua de México. Pues labrar piedras finas y *chalchuis*, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros.

### REFLEXIÓN Y ANÁLISIS

- 1) Establezca una comparación estilística entre la narrativa de Cortés y la narrativa de Bernal.
- 2) Determine las diferencias existentes entre el género epistolar y el género de las memorias.
- 3) ¿Se puede considerar el libro de Bernal Díaz del Castillo un documento meramente histórico? Explique.
- 4) Investigue el significado ritual de los sacrificios en la religión azteca.

### BIBLIOGRAFÍA

#### Edición

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Español modernizado. Prólogo Ramón Iglesia. 3 vols. México: Robredo, 1939.

#### Estudios

Barbón Rodríguez, José Antonio. "Bernal Díaz del Castillo ¿idiota sin letras?" *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*. Madrid: Gredos, 1974.

Callet-Bois, Julio. "Bernal Díaz del Castillo o de la verdad en la historia." *Revista Iberoamericana* 25 (1960): 199-228.

Fuentes, Carlos. "La épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo." *Valiente Mundo Nuevo*. México: FCE, 1990.

Gilman, Stephen. "Bernal Díaz del Castillo and 'Amadis de Gaula.'" *Studia Philologica*. Homenaje a Dámaso Alonso. Madrid: Gredos, 1961. Vol. II. 99-113.

Iglesia, Ramón. "Dos estudios sobre Bernal" e "Introducción al estudio de la 'Verdadera Historia.'" *El hombre Colón y otros ensayos*. México: El Colegio de México, 1944.

Sáenz de Santa María, Carmelo. "Bernal Díaz del Castillo. Historia interna de su crónica." *Revista de Indias*. Madrid: 1956. 585-604.

Alessandra Luiselli

<sup>39</sup>adives: coyotes.

<sup>40</sup>grima: espanto, horror.

<sup>41</sup>primos: de primera calidad.